

Alambique

Antes de que se enfríe el té del pensamiento. Una carta a Clarissa Dalloway

Anel Guerrero Rodríguez

Sí, Clarissa, ya irías tú por las flores. Te pediría ranúnculos para mí, pero eso es irrelevante. Las flores eran la excusa, igual que lo era tu fiesta, para algo más. Pobre Clarissa, pero no porque no tengas dinero, sino porque todos nos atormentamos, y ni tú te escapas de eso. En el camino entre tú y las flores, camino corto en ese Londres de principios del siglo XX hay, sin embargo, espacio para el abismo, para las dudas. El pasado, la memoria, las preocupaciones, tanto, en fin, que para cuando vuelves a casa y encuentras a Peter Walsh, y hablan, y se juzgan mutuamente ya has visto, sentido y pensado, a tal grado que acaso es imperioso regresar para entenderte (¿Era eso, Virginia?, ¿eso del punto en la cabeza?, ¿por eso Peter piensa esas cosas de Clarissa y ella lo sabe al grado de creerlas un poco y, a su vez, él lee en su cara los juicios que hace y por eso se enoja así?).

Siento, Clarissa, que te alejas de ser la señora Dalloway, que por momentos te desconoces, y me pregunto, ¿será así el ser mujer? Porque reconozco el sentimiento. Sabes qué vestidos debes ponerte e intuyes lo que la gente piensa de ti al entrar en una habitación tan solo con echar un vistazo rápido. Sabes, por una mezcla de adivinanza y educación tácita, qué se espera de ti, y eso, claro, debía ser más marcado en tu sociedad, Clarissa. El voto femenino estaba, después de todo, en su más tierna infancia; la guerra, que había dejado a esos hombres en el limbo, como fue el caso de Septimus Warren Smith, esa misma guerra exigía cosas de las mujeres que yo hoy no sería capaz de entender del todo; exigía actuar con naturalidad, levantar el ánimo, trabajar, austeridad, apoyar a esposos, hijos, hermanos y padres. Por eso te alejabas en ocasiones de ti misma y te extrañaban cosas como tu pelo... y, ¿quién te dijo aquello? Aquello, que seguro ha pensado alguien de mí, y por eso se me grabó tanto... ¡mojigata!, eso era. Pero, ¿quién fue?

Dime, Clarissa ¿cómo no iban a juzgarte así de insensible si tú vas y eliges a Richard? A Richard Dalloway ni más ni menos, que ahí donde lo ves, tan serio, con el sentido del deber más cercano a un perro que a un hombre con pasiones, se las arregló para que fueras Clarissa Dalloway, sabes que eres *La Señora Dalloway*, esa que dijo que compraría las flores. ¿Entiendes lo que trato de decir, Clarissa? Desde la comodidad de mi siglo muero por decirte que debiste huir al campo con Sally Seton, antes de que ese granjero (¿era granjero? Vivía en el campo con Sally, eso recuerdo) hecho a sí mismo y a quien de cualquier forma despreciarías,

lo hiciera. Debiste salvar a Sally Seton de ser Lady Rosseter, Clarissa. ¿Para qué ibas a desgastarte entre Peter Walsh que tan te desprecia por cambiar que lo aborreces y tan te adora que lo invitas a tu fiesta? ¿Para qué con Richard, si tu hija Elizabeth iba a preferirlo a él sobre tus comentarios sobre su vestimenta y su actitud, sobre esa fiesta a la que tú misma le perdiste el sentido y el gusto? Solo estoy especulando, no lo tomes a pecho. En el fondo te entiendo.

Reflexiono eso, Clarissa, que te entiendo. Es mitad de los veintes del siglo pasado, hubo una guerra y como si no suficientes cristianos se hubiese llevado, también los sobrevivientes quedaron en ese limbo entre la vida y la muerte. Aún así me pregunto por qué te enoja que mencionen la muerte de Septimus, joven al que no conocías (y al que, sin embargo, te pareces tanto al pensar en la muerte), solo porque lo dijeron en tu fiesta. ¿Qué cosa, dime, evades queriendo ser el centro de atención hasta contra un hombre que se acaba de lanzar de la ventana, acechado como lo estaba por la guerra, olvidándose de Rezia, que, pobre ella también, dejó Italia por el solemne soldado inglés a quien ya no le quedaba mente para vivir? Rezia sin Italia, ya no era ella; tú sin Sally, no eras tú y de ella solo te quedaba el recuerdo del testimonio de ese beso robado que ninguno de ustedes creyó, pese a que el acusado era igualmente despreciado por Peter, por Richard y por ti.

Y fue Peter, ya me acuerdo, el que te dijo moji-gata, fría e insensible. ¡Y aún lo quieres! Entiendo, el corazón quiere lo que quiere y, en tu defensa, lo dijo porque lo dejaste sin el placer de ser Clarissa Walsh. Pero dime, y sé honesta, si Peter hubiera tenido el dinero de Richard, ¿lo habrías elegido con todo y su carácter demoníaco? Ay, Clarissa, ni digo nada, mejor. Me alivia que mínimo Richard es tan solemne que te deja un poco en paz, eso se lo concedo.

Pienso también en ese odio que dices sentir por la señorita Kilman, mujer pobre (y ella sí pobre de verdad) y titubeo si acaso será envidia. Está educada y sabes que tú no, que ella sí, e instruye a tu hija y, bueno, ella tampoco te considera santa de

su devoción, porque, opina, tu frivolidad está mal y quieres hacer de Elizabeth otra tú, pero yo creo que es cuestión de entenderse, Clarissa. Mira, te consuelo. En este, mi siglo, puedes tener vestidos bonitos y puedes ir a la biblioteca. Sí, puedes ir a la biblioteca con un vestido bonito. Puede que Elizabeth igual que yo viera lo absurdo de tu silenciosa disputa con Kilman y tal vez se propuso abrir una biblioteca a la que solo se entra con vestidos bonitos.

Es decir, Clarissa, que el mundo es grande y no eres el centro. Eres el centro, cuando mucho, del tuyo. Y así cada quien del suyo, según las percepciones individuales, que son tan solo eso, Clarissa, percepciones. El centro es tu fiesta, pero solo porque la enmarca el libro. Mañana, y lo sabes, cuando el servicio doméstico siga recogiendo copas y platos, cuando escribas la correspondencia y mires por la ventana, abstraída, como hacen todos los de tu clase en Londres, antes, después o durante el té de las cinco, habrá que enredarse y desenredarse de nuevo la cabeza, tirar del hilo rezando (¡por Dios!) para que no se venga la madeja entera.

Ay, espérate, déjame escribir, chingado (Sí es cierto, Virginia, eso de la habitación propia, porque entre que me hablan y me dicen algo que ahora no recuerdo, algo que no oí bien sobre la canela y ponerle azúcar o sobre arrimar no sé qué a la mesa, se me fue la idea y ya no supe si era una buena idea o si de todas formas la iba a desechar; pero, en todo caso, lo que me genera impotencia es que ya no estará en mí la elección de si vale o no la pena el pensamiento, sino que se fue y se enfrió como se me va a enfriar la canela).

Clarissa, yo te entiendo, a mí también se me escurren los pensamientos, te lo repito: es como si en el camino de la cabeza a la tinta sobre el papel se abriera un surco del tamaño del universo, como si el dolor de muñeca fuera, de repente, igual de importante que el flujo de conciencia, o el modernismo, o cualquiera que sea el tema que quería tratar antes de que mil temas más se hicieran urgentes, antes de que la mente fuera ruido y recordara que no llené la jarra de agua, que debí anotar las correcciones (comentarios, sí, comentarios) de hoy

en clase, de que me preguntara si el desayuno de mañana será hecho por mí o comprado o recordar poner la alarma o recordar que debo levantarme antes de la alarma, pero comerme ahora la gomita de melatonina para no despertar a las cuatro con la mente corriendo a mil con estas ideas que me abordan desde ahora y que, pensándolo bien, ni ideas son. Son trozos de vida, creo, que se me cuelan por los sentidos, que se me atorán en la memoria y conforme se juntan unos se liberan otros y ahí estoy hablando del almuerzo (de mi almuerzo) en vez de escribir algo sobre ti, Clarissa. Algo, lo que sea que fuera ese pensamiento que o se me fue o nunca existió y mezclarlo con mi tiempo, pensar algo valioso y enseñar algo valioso y no desear con ansias irme a dormir.

Sé, sin embargo, Clarissa, que estas cosas te tienen sin cuidado. Y mientras lady Bruton... ¿qué? Ah, no me manden mensajes, estoy en medio de esto con Clarissa. Sí, ya: mientras lady Bruton pensaba en la guerra y en el imperio, en el *Times* y en cómo ordenar sus ideas para enviárselas al *Times* (siempre con el respaldo de algún hombre de mente racional, como ella piensa), tú, Clarissa, pensabas en tu fiesta, en los invitados, en las no invitadas que Richard te haría invitar y, por supuesto, en Sally Seton.

No te estoy reprochando, Clarissa. Dudo que fueras creada para ser reprochada. Eres una mujer y te gusta hacer fiestas: es lo que sabes hacer, tú lo has pensado, no yo. No te reprocho, de nuevo, y sería simplista hacer ese comentario de cómo mujeres como la señorita Kilman, lady Bruton, tu hija

o esa adoración tuya de juventud que es ahora lady Rosseter sean mejores que tú por no entenderte. No, no es eso, Clarissa. Todas ustedes son distintas y piensan cosas distintas. Se abstraen, creen, juzgan y se ven de formas diferentes, pero, Clarissa, lo cierto es que todas ustedes son mujeres y es una maravilla que hayan sido confeccionadas desde el nombre hasta su más profundo pensamiento por una mujer convencida de la necesidad de que las mujeres escribieran y que lo hicieran sobre sí mismas. Ahondarse, quiero decir, en un vistazo propio, una clase de abrazo que fuera honesto, femenino, sí, pero universal. Que las hiciera distintas, que las usara para señalar ese punto en la nuca de los hombres que, bien dice ella, ellos jamás verán por sí mismos. Y que lo que las uniera fuera más profundo que un vínculo aparente, que sus relaciones fueran como la vida: enredada, entropía, más fruto de la casualidad que del orden de los hechos. Que sus pensamientos se conectaran de tal forma que la línea que separaba los tuyos de los ajenos se redujera apenas a un par de palabras, que esa mezcla recordara que no hay centro, Clarissa, solo tiempo e ideas que se unen, a veces, por cosas como tu fiesta.

Ahora que sabes cómo me siento, esperando no haberte causado un desaire, recuerdo que la principal razón por la que te escribo es para agradecer tu cordial invitación y confirmar mi asistencia a tu fiesta. Ahí estaré, Clarissa. Con mi mejor vestido y quizás con un libro bajo el brazo. Ah, y tenlo por seguro: no olvidaré admirar las flores que fuiste a comprar.